

Tiempo y libertad

Cuando tratas a los demás como quieres que te traten, te liberas.

Silo. La mirada interna

Matellanes es un pueblito perdido de Castilla, España, muy cerca de la frontera norte con Portugal. Pocas casas de piedra sobre la ladera de una colina. En verano, el polvo y el aire forman un único elemento cuando por las calles de tierra las ovejas acompañan a sus pastores taciturnos. Desde muy temprano, los campesinos empuñan el arado para trabajar las parcelas largas y estrechas. Al caer el sol vuelven cansados a las cocinas tibias, húmedas, de techos bajos, de olores fuertes. Y las mujeres – después de haber amasado el pan, espantado gatos, hilado el lino, cuidado de hijos, cerdos y gallinas, lavado ropa y pisos, ordeñado la vaca, convencido al burro, recogido salvia, romero y margaritas, atizado el fuego siempre encendido – los están esperando para compartir la cena. Es así desde siempre. Manuel, mi abuelo, era uno de ellos.

Dicen que era muy buen mozo, que reía fuerte y sabía escuchar.

Vivía en una casa ya vieja de antes, junto a Manuela y las dos hijas pequeñas. Si el crepúsculo sorprendía a un viandante cerca del pueblo, la sugerencia habitual era: Vaya a la casa en alto, la de las puertas celestes. Allí podrá pasar la noche. Manuela resoplaba por lo bajo, celosa de sus habas. Manuel sonreía y decretaba: Comemos más, comemos menos. Luego el forastero encontraba reposo cerca del fuego.

Pero pocos pasaban por allí. De vez en cuando llegaban los gitanos con sus carros de colores y la fragua. Paraban en la plaza, descargaban yunques y martillos, y esperaban a que la mujeres llevaran a reparar las cacerolas consumidas y los hombres sus herramientas de metal. Por la noche, en corro, cantaban y bailaban al son de antiguos lamentos árabes. Por la mañana ya se habían ido. De vez en cuando llegaban los actores ambulantes, también en carros de colores que desmontaban y montaban con arte para hacer el escenario. Se daban siempre historias de pícaros o de caballeros y, no podía faltar, una sagrada representación. El abuelo conocía alguna que otra obra de memoria y a veces recitaba también. Sus mujeres se sentían muy orgullosas de él y durante el espectáculo aplaudían más fuerte que los demás.

Las únicas personas del pueblo que sabían leer eran él y el cura. Los domingos, después de la misa, se sentaban juntos fuera de la iglesia a escribir cartas para los paisanos cuyos hijos se habían ido a trabajar lejos. ¿Qué le quieres decir? Que este año la cosecha es buena, que la vaca parió, que la niña se casa, que el tío ha muerto. Pregúntale cómo está.

Era amigo del cura pero no intercambiaban libros. El abuelo leía a Cervantes y Unamuno, teatro y poesía (le gustaba tanto Lorca); el cura no sé.

Por suerte la guerra civil no pasó nunca por ese recóndito lugar castellano. Por suerte para todos y sobre todo para Manuel, que era republicano. Este hecho, en sí, no quiere decir mucho; era una opción en el menú que la historia ofrecía en aquel momento.

Él era, antes de nada, un libertario con buena imaginación. Lograba imaginar la situación de quien tenía al lado, sabía ponerse en el lugar del otro, que fuera humano o animal. Lo sentía y lo quería libre.

En el pueblo no había escuela y mi abuelo insistió para que se construyera una, con muchas puertas dobles con cristales, que dejaran pasar la luz y que se abrieran hacia afuera. (Más tarde, junto con la maestra, eran tres los que escribían cartas; con el tiempo fueron tantos.)

Hizo llevar la luz eléctrica a las casas. Al principio la gente tenía miedo, pero él habló con todos y les persuadió.

Durante la cosecha, nunca les ponía bozal a sus animales como hacían sus vecinos. Eso es pura mezquindad, decía. Nos han ayudado a sembrar, ahora nos ayudan a recoger. ¿Qué tanto mal podrán hacer si comen un poco de grano? Somos todos hijos de la tierra.

Cuando, empujadas por sus sueños, las hijas quisieron emigrar a Sudamérica, Manuela se opuso, pero él las acompañó al puerto y las miró subir a la nave inmensa. Partieron con pocas cosas pero ya llevaban dentro la insaciable sed de buen conocimiento, que luego mi madre me pasaría.

Y así, además de trabajar duro para sobrevivir, Manuel vivió tratando de dar una forma coherente a su profunda compasión: practicaba la rara y difícil arte de tratar a los demás del modo en que quería ser tratado. Dado que podía imaginar lo que sentían las personas y proyectarlas en el futuro, sus actos eran gestos de libertad lanzados en el tiempo.

No existen fotos de Manuel Fernández. No hay ningún símbolo que señale el lugar donde la tierra acogió su cuerpo. Poco importa. Sus acciones ya se han transformado miles de veces, en miles de rostros, y siguen nutriendo esa fuerza que, desde tiempo inmemorial o tal vez desde antes aún del tiempo, nos impulsa a recorrer el camino que libraré del sufrimiento a esta misteriosa especie humana.

Nunca conocí a mi abuelo, pero en ciertos momentos tengo la sensación de que sus recuerdos y sus visiones son parte de mi memoria.

Monica Brocco. Attigliano, 15 / 05 / 2015
monica.brocco@gmail.com